

Análisis del entorno social

EL GRAN MITO DE LA MODERNIDAD, EL VALOR QUE ADORA EL MODERNO Y QUE SUPLANTA AL BIEN Y A LA VERDAD DE LOS CLÁSICOS, ES EL PROGRESO. ALIMENTADO POR LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA, APUNTA A LA INSTAURACIÓN DE UNA SOCIEDAD PERFECTA

ALEX NAVAS

“El hombre premoderno sabe que cree (tiene fe consciente); el moderno cree que sabe; el postmoderno cree que no cree”.
Guillaume Paoli

“El hombre moderno cree dos cosas: que todo está permitido y que todo es posible”.
Hannah Arendt

El hombre moderno entiende la libertad como emancipación (de las normas, de la tradición, de la autoridad), pero va más allá, y también quiere emanciparse de la realidad y de la naturaleza. Para los filósofos clásicos y para el cristianismo, la realidad manda; la verdad lo es en la medida que se adecua a la realidad; y la conducta es buena si hace justicia a la realidad (a la naturaleza). La moral cristiana, por ejemplo, afirma que la norma de la moralidad es la recta razón, iluminada por la fe. El moderno, que sabe mucho y puede mucho –ciencia y tecnología–, quiere liberarse de la realidad y de Dios, que es su autor, y entiende la libertad como ampliar al máximo las opciones posibles (*pro choice*).

En el siglo XIX, el desarrollo de la ciencia y la tecnología abrió al hombre posibilidades impensables hasta entonces. El saber se



constituyó en poder, control y dominio. El gran mito de la modernidad, el valor que adora el moderno y que suplanta al bien y a la verdad de los clásicos, es el PROGRESO. Alimentado por la ciencia y la tecnología, apunta a la instauración de una sociedad perfecta, a la realización de la utopía. Ejemplo clásico de este planteamiento sería el marxismo: el paraíso comunista viene a consistir en “bajar” a la tierra el cielo cristiano.

El saber se ha aplicado a la naturaleza física, con la tecnología volcada en la industrialización. Hemos obtenido grandes cotas de bienestar y estamos pagando su correspondiente precio, en forma de

||||||||||||||||||||
Hemos obtenido grandes cotas de bienestar y estamos pagando su correspondiente precio, en forma de sobreexplotación de los recursos, contaminación y generación de residuos

sobreexplotación de los recursos, contaminación y generación de residuos. Fenómenos como el efecto invernadero y el cambio climático indican que el propio ecosistema planetario puede encontrarse en peligro. Cunde la alarma.

En segundo lugar, ese talante dominante se ha aplicado a la sociedad: el ideal tecnocrático, el gobierno de la sociedad como asunto de ingenieros. Durante el siglo XX el Estado crece y se convierte en el actor social preponderante: anónimo, burocrático, abstracto, impersonal, maneja recursos ingentes y tiende a controlar todos los aspectos de la vida. En su versión extrema alumbró a los regímenes

totalitarios, que se han cobrado decenas de millones de víctimas. El afán por instaurar el paraíso en la tierra da lugar frecuentemente al infierno.

Por último, hemos aplicado el poder derivado de la ciencia al ser humano, tanto en el comienzo como en el final de la vida. Hemos tenido en el siglo XX la “revolución sexual”, favorecida por factores como la exaltación intelectual de la sexualidad desinhibida (Freud y seguidores), el ingreso de la mujer en el sistema educativo y en el mundo laboral, la difusión de la píldora anticonceptiva y la sexualización de los medios de comunicación –cine, televisión, publicidad, moda, Internet–. Consecuencia de la promiscuidad sexual son los embarazos imprevistos o indeseados. La respuesta moderna ha sido el aborto, masivo y legalizado y aceptado socialmente (unos mil millones de abortos provocados en el mundo durante el siglo XX; es hoy la primera causa de muerte en el mundo). Pero a la vez crece la infertilidad, por causas conocidas (retraso de la edad en que se contrae matrimonio; dificultad de muchas mujeres para compaginar vida familiar y trabajo fuera del hogar; estrés creciente; secuelas del aborto masivo; difusión de infecciones de transmisión sexual; pérdida de calidad de los espermios, atribuida a factores como la contaminación de las ciudades). La respuesta es el recurso a la fecundación *in vitro* y, como proyecto utópico, la clonación. En el final de la vida tenemos de una parte el ensañamiento o encarnizamiento terapéutico: la medicina moderna, científica y tecnológica, se resiste a aceptar la derrota que significa la muerte de los pacientes, y siente la “necesidad” de hacer todo lo posible para retrasar el momento de la



muerte. Y al revés: la esperanza de vida se prolonga de un modo nunca visto. Mucha gente vive muchos años. Los jubilados occidentales tienen por delante veinte años –o incluso más– de vida con una calidad considerable, pero finalmente enfermarán. En ese tramo final de su vida van a requerir muchos cuidados y van a originar un gasto notable. Si se acortara su vida un par de años, había un ahorro fabuloso; este simple cálculo económico –la palabra clave es “racionalización del gasto”– está abriendo la puerta a la legalización de la eutanasia, y preveo que la tendencia irá a más. En estos cuatro escenarios contemplamos el mismo mecanismo: el moderno se impone con su saber y su poder a la espontaneidad natural, para destruir la vida no querida o para fabricar la vida querida, para prolongar la vida o para acortarla.

El control sobre la vida del hombre va todavía más allá. Hemos pasado de una evolución natural, que va del primer unicelular hasta el hombre, a la evolución cultural, en la que el hombre toma el mando de la evolución y va a determinar su rumbo: fusión hombre-máquina, *cyborg*, etc. En este contexto se propone como objetivo la derrota de la muerte y el logro de la inmortalidad. Se afirma que la muerte

.....
Hemos pasado de una evolución natural, que va del primer unicelular hasta el hombre, a la evolución cultural, en la que el hombre toma el mando de la evolución

no es necesaria, que conocemos el proceso del envejecimiento de las células y que podremos neutralizarlo. Encontramos un reflejo de esta mentalidad en la Geología. Según los manuales recientes de esta disciplina, la Tierra ha entrado en una nueva era, el Antropoceno, en la que el hombre se convierte en el factor determinante. La ideología de la confianza absoluta en la ciencia y de la fe en el progreso, que alcanzó su culminación en el final del siglo XIX, entró en crisis en el primer tercio del siglo XX. La crisis fue tanto intelectual y científica como social, y su expresión más terrible fue la primera guerra mundial. Desde entonces nos encontramos en una situación ambivalente. Hemos perdido esa fe ingenua en la modernidad, y advertimos que sus magníficos logros –ciencia, tecnología, medicina, democracia, derechos humanos, etc.– son inseparables de crímenes y barbarie –genocidio, limpieza étnica, holocausto, Gulag, bomba atómica, desprecio la vida humana en todas sus formas y avance de la cultura de la muerte, terrorismo, manipulación, nuevas formas de colonialismo, desigualdad–. Nuestro juicio sobre la modernidad se ha vuelto más matizado: junto a innegables progresos en algunos ámbitos hay indudables retrocesos en otros. El proyecto cultural ilustrado parece agotado, pervive por inercia, y no hay a la vista otro proyecto nuevo que pueda ocupar su puesto. En cierto modo, se pueden aplicar a nuestro tiempo las palabras con que Tito Livio describía la situación social de la Roma de su tiempo: “los romanos ya no aguantan más la corrupción y los vicios públicos, pero tampoco aguantan los remedios que habría que poner” ●